
Paweł ROJEK, *Liturgia dziejów. Jan Paweł II i polski mesjanizm (Liturgia de la historia. Juan Pablo II y el mesianismo polaco)*, Kraków: Wydawnictwo M, 2016, 332 pp., 12,5 x 20, ISBN 978-83-8043211-6.

Henry de Lubac en su monografía «La Posterioridad Espiritual de Joaquín de Fiore» dedica un capítulo al «Homero polaco», Adam Mickiewicz quizás el más conocido exponente del «mesianismo» polaco en la Europa decimonónica. En el poema dramático «Dziady», una de las obras fundacionales del romanticismo eslavo y fundamental para la formación cultural polaca, Mickiewicz compara el destino de los jóvenes luchadores por la reciente perdida libertad de su patria con la figura de Cristo. De este modo, esboza la imagen de una nación que, como Cristo, es crucificada para que otros pueblos esclavizados puedan recuperar la libertad; Polonia debe cumplir el papel del Mesías de los pueblos de Europa. Para el poeta polaco, la resurrección nacional será un cumplimiento de la tarea que Dios le ha dado al pueblo polaco. Esta arriesgada visión de la historiosofía de Mickiewicz ha marcado de forma extrema, entre otros representantes del mesianismo polaco, la evolución moderna de la identidad de sus compatriotas. Así se formó un modo de entender la historia: provocador tanto para el universalismo ilustrado, por su claro carácter nacional, como para el nacionalismo idolátrico, por su universalidad cristiana... Un modo de entender la historia también potencialmente peligroso cuando languidece bajo la sombra juaquinista. Un peligro que de Lubac detecta perfectamente, aunque a continuación revela con maestría la profunda oposición entre el mesianismo de Mickiewicz y las posterioridades ideológicas de Joaquín de Fiore. Partiendo de la sospecha de herejía, el teólogo francés, guiado en su indagación por el poeta polaco, llega a trazar una senda del alma polaca que le lleva hasta la constatación de la afirmación indudable de la fidelidad de ésta a Pedro. Una senda que lleva desde Polonia a Roma, desde Adam Mickiewicz a Karol Wojtyła, al papa Juan Pablo II.

En este contexto lubaciano se debe acoger y analizar el trabajo del joven filósofo polaco de Cracovia, profesor en la Universidad Jagiellonica, Paweł Rojek, «Liturgia de la historia. Juan Pablo II y el mesianismo polaco». También a la luz del trabajo del teólogo francés, el legado del papa polaco, que hoy se revela cada vez más necesario para entender las cuestiones de la identidad de los pueblos cristianos y el modo de entender la nación y su relación con la Iglesia, puede ocupar en el pensamiento cristiano contemporáneo el espacio que le pertenece en virtud de su profundidad profética y a la vez pragmática.

Y para entender la teología de la nación de Juan Pablo II es imprescindible sumergirse en el universo del mesianismo polaco.

Paweł Rojek parte de este principio afirmando que «El mesianismo polaco es la clave para entender el trabajo de Juan Pablo II. Es imposible comprender adecuadamente la teología papal de la historia, la teología del sufrimiento y la teología de la nación sin el contexto del pensamiento del romanticismo polaco. La enseñanza de Juan Pablo II es la forma final de nuestro mesianismo, que es la clave para su correcta lectura» (p. 14).

El joven autor asume un reto que exige una gran preparación y aún mayor audacia: «En este libro, a pesar de [las] interpretaciones [desfavorables al mesianismo polaco], intentaré mostrar que es el mesianismo polaco, y no un romanticismo indeterminado, el que penetra toda la enseñanza de Juan Pablo II, y no sólo las primeras obras de Karol Wojtyła. Argumentaré que la influencia del mesianismo no es un defecto, sino una ventaja de Juan Pablo II. El mesianismo polaco, entendido de manera apropiada, fue un intento inspirador de formular una alternativa a las interpretaciones modernas, cada vez más seculares, del cristianismo. Para nosotros, polacos, es un testimonio particularmente valioso de la relación interna de la cultura polaca con el cristianismo» (p. 19).

Esta valiosa relación de la cultura polaca con su matriz, la Iglesia, a la que el autor dirige su mirada gracias a este trabajo, ofrece la oportunidad de superar el específico hermetismo (si no el egoísmo) propio de la mentalidad dominante en las orillas de Vístula. El autor, en una exposición generosamente documentada y, por momentos (necesarios), con un tono polémico en relación a otras voces, explora tres rasgos fundamentales del mesianismo polaco: milenarismo (que corresponde a la vocación Real de Cristo, y al convencimiento de la necesidad de la construcción del Reino de Dios en la tierra), pasionismo (refiriéndose a la vocación sacerdotal, que expone el valor excepcional, salvífico, del sufrimiento y el martirio) y misionismo (asociado con la vocación profética, que asume la existencia de naciones particulares llamadas a cumplir una misión excepcional). Como Rojek demuestra, estos tres temas están presentes tanto en las obras del joven Karol Wojtyła como en el magisterio de Juan Pablo II. Éstas son tres características propias del mesianismo polaco, que según la tesis del autor, se unen de forma sistemática con la enseñanza recordada por el Concilio Vaticano II sobre las tres dimensiones mesiánicas de Cristo (p. 22). De este modo, Rojek pretende superar el *status quo* de los estudios sobre el pensamiento del papa polaco que, no sólo en Polonia sino en todo el mundo,

se limitan a interpretarle según unas perspectivas esquemáticas, o de filosofía escolástica, o de mística española, o de fenomenología alemana, o de humanismo francés, o de personalismo italiano, o de filosofía del diálogo judía, pero nunca en un contexto más próximo y obviamente natural y personal: el del mesianismo polaco.

Para demostrar tal intuición, o ya más bien afirmación, el filósofo polaco expone en tres capítulos centrales de su trabajo (de forma convincente y sólidamente documentada) tres características principales del mesianismo polaco presentes en el pensamiento de Karol Wojtyła-Juan Pablo II. «Me centraré en tres áreas fundamentales de su pensamiento: el concepto de nación, la interpretación del sufrimiento y la visión del trabajo. Estas tres categorías, según el Papa, pertenecen a las dimensiones básicas de la existencia humana. Él mismo escribió que la cultura nacional es *el camino propio para la existencia [...] humana* (JUAN PABLO II, 2008, p. 282), el sufrimiento es *casi inseparable de la existencia terrenal del hombre* (Salvici doloris 3), y el trabajo es la *dimensión fundamental de la existencia humana en la tierra* (Laborem exercens 4). Trataré de mostrar que el misionismo mesiánico está conectado con la teología de la nación del Papa, el pasionismo –con su teología del sufrimiento, y el milenarismo– con la teología del trabajo (p. 23)».

Paweł Rojek aclara cómo Juan Pablo II estaba convencido de que los polacos podrían ofrecer al mundo una visión integral del cristianismo que vincule la fe y el desarrollo de la civilización contemporánea. En esto residía, según él, el cumplimiento de la misión profética de su pueblo. Los comentaristas occidentales suelen afirmar tan sólo que esto expresaba la idea de construir una democracia liberal inspirada en «valores cristianos», pero el Papa pretendía penetrar el mundo entero por medio del lenguaje de la caridad y prepararlo para la segunda venida de Cristo. Igualmente Rojek consigue demostrar que la interpretación de la historia de su patria y el sentido del sufrimiento llevaron a Karol Wojtyła a encontrar el sentido teológico de la fórmula mesiánica de Polonia como Cristo de las naciones. Con esto el Papa se convirtió en el portador de la visión de la historia como una liturgia enraizada profundamente en el mesianismo polaco. Finalmente Rojek muestra que Juan Pablo II, continuando la labor filosófica de su amigo Józef Tischner, enseñó que el trabajo humano es, de hecho, la realización de la vocación Real y el camino para construir el Reino de Dios en la tierra. También aparece aquí la lógica de la liturgia de la historia, en la que los frutos del trabajo del hombre son una condición de la presencia de Cristo. Inspirado por Juan Pablo II, el movimiento del

sindicato «Solidarnosc», que en sus actividades unía de forma cotidiana y sin complejos los espacios religioso, social y político, era el comienzo de una gran transformación del mundo moderno (p. 25).

El libro termina con un panorama del nuevamente reabierto y apasionantemente actual debate sobre el mesianismo y Juan Pablo II, sobre la interpretación de esta liturgia de la historia que nos ha dejado. Desgraciadamente, el panorama ofrecido por Paweł Rojek se limita sólo al paisaje académico, cultural y social polaco. Y la desgracia consiste no sólo en la imposición de unos límites al pretendido sentido universal del mesianismo del papa polaco (lo que aparenta una contradicción inquietante) sino sobre todo porque es sintomático de la limitada conciencia del valor de la herencia recibida. Puede ser que necesitamos a otro Henry de Lubac que nos descubra que, al igual que en Adam Mickiewicz, también en la tradición mesiánica polaca entregada a todos por Juan Pablo II vive «el gran sueño ingenuo, pero fecundo de la primera Edad Media, meditando sobre la Biblia recibida de los Padres: la unidad de la vida intelectual y de la vida social en torno al misterio de la fe, en un ecumenismo sin límites, en una apertura total al porvenir, siempre en el interior de la Iglesia de Cristo, llamada a ensancharse sin cesar: el sueño inmortal de la *Catholica*» (H. DE LUBAC, p. 260).

Creo que el valor de este libro radica sobre todo en su capacidad de enseñar un espacio lleno de profundidad teológica y de frescura existencial cada vez más necesario para el pensamiento cristiano occidental. Los grandes retos contemporáneos enmascarados tras los fragmentados y fragmentadores conceptos de «nacionalismo», «socialismo», «justicia social», «emigración», etc., pueden encontrar respuesta desde la herencia de una experiencia muy concreta, pero unificadora y universal. Experiencia que, según Henri de Lubac, Charles Peguy compartía con Adam Mickiewicz, y que también encontramos (o debemos recuperar) en el legado de Juan Pablo II y en la actualidad, tan cotidiana como mesiánica por nacimiento, del Sindicato «Solidarnosc». Este libro ofrece una posibilidad poco frecuente de asomarse a las fuentes que conformaron al pensamiento de Karol Wojtyła y que aún guardan la llave más íntima del magisterio del papa polaco. La capacidad que muestre este libro en abrirse al mundo y el mundo (occidental) en abrir este libro será la medida de hasta qué punto todos estamos listos para asumir lo que sus páginas apenas nos desvelan.

Artur MRÓWCZYŃSKI-VAN ALLEN